

reunir una nueva reserva de víveres, que se procuraría transportar realmente ahora detrás del ejército. Siempre con el deseo de despertar el sentimiento de la disciplina entre sus soldados, quiso pasar personalmente revistas en la plaza de Vitebsk, que ensanchó mandando derribar algunas casas de madera que la obstruían. Allí inspeccionó ante todas las diversas brigadas de la guardia imperial, después los cuerpos que estaban á su alcance, examinando en detalle por sí mismo el estado de los hombres, su armamento, su equipo, y hablando á soldados y oficiales un lenguaje propio á excitar en sus corazones los más nobles sentimientos. En una de aquellas revistas recibió al general Friant en calidad de coronel comandante de granaderos á pie de la guardia, dignidad vacante por muerte del general Dorsenne, y con que quiso recompensar á uno de los tres antiguos jefes de división del cuerpo del mariscal Davout. Verificóse esta recepción con aplauso de todo el ejército. A la sazón era el general Friant un modelo acabado de aquellas virtudes guerreras formadas bajo la república, no corrompidas por las prosperidades del imperio y consistentes en la modestia, la probidad, la adhesión á la bandera, la profunda ciencia del ejercicio de las armas unida á un verdadero heroísmo. Después de estrechar Napoleón á este hombre singular en sus brazos, á este hombre, que había encanecido en la milicia, le dijo: Mi querido Friant, no tomaréis este mando hasta fines de la campaña: estos soldados van solos, y es preciso que sigáis al frente de vuestra división, donde aun tendréis que prestarme grandes servicios. Sois uno de aquellos hombres á quienes querría poder colocar dondequiera que yo no puedo estar en persona.

No era Napoleón el único que había echado de ver en el ejército la grave dificultad de las distancias, sobre todo en un país mal cultivado porque estaba mal poblado, con un enemigo que se retiraba de continuo por necesidad y por cálculo. En el primer empuje no se dudó de alcanzar á los rusos, y de batirlos tan luego como se les diera alcance, pero habiendo abatido las fuerzas el calor y el mal alimento, se empezaba á medir los espacios recorridos, á inquietarse respecto de los que se extendían delante, y se preguntaba con cierta especie de pena cuándo se podría alcanzar al ejército enemigo (1).

Este era el asunto de las conversaciones de los generales, de los oficiales y aun de los mismos soldados.—

(1) El historiador ruso Boutourlin, el mejor narrador extranjero de esta guerra, ha dicho, en la página 453 del tomo II de su obra, que la retirada de los rusos fué efecto no de un cálculo, del cual tanto se había blasonado posteriormente, sino de la inferioridad numérica de sus tropas. Este escritor juicioso y generalmente imparcial, sentía el naturalísimo deseo de reducir á su justo valor las pretensiones de los que han aspirado á atribuirse exclusivamente la gloria de los sucesos de 1812, y á arrogarse el mérito de lo que á menudo no fué más que producto del acaso, ó bien falta del que dirigía las tropas francesas. Verdad es efectivamente que los rusos se retiraban porque no podían hacer otra cosa y que, obrando frecuentemente en ellos el ímpetu de las pasiones en sentido contrario de la razón, hubieran presentado batalla, si su inferioridad numérica se lo consintiera. Verdad es que, considerados los movimientos de los rusos en sus motivos de cada día, fueron más bien impuestos por las circunstancias del momento que ajustados á un plan general. Pero también equivaldría á desconocer una parte no menos importante de la verdad el no ver que en medio de las variaciones continuas de ideas, producidas por una situación

¡Siempre huyen esos miserables!, decía la tropa.—Estos taimados, decían muchos oficiales, quieren arrastrarnos en su seguimiento, cansarnos, extenuarnos y acometernos cuando ya estemos reducidos en número y en fuerza física para no inspirarles miedo.—Esta última idea había germinado especialmente en las filas más elevadas del ejército, y se oía preguntarse en torno de Napoleón, si no sería tiempo de hacer alto, puesto que se había llegado á los verdaderos límites que separaban la antigua Polonia de la Moscovia, y por decirlo así, la Europa del Asia; de establecerse sólidamente junto al Dwina y junto al Dnieper; de fortificar á Vitebsk y á Esmolensko; de tomar á Riga á la izquierda; de extenderse á la derecha hasta la Volhynia y la Podolia; de insurreccionar estas provincias; de organizar la Podolia; de crearla un ejército, un gobierno; de preparar así los cantones de invierno, y de aguardar en ellos con tropas reorganizadas, bien armadas, bien alimentadas, bien situadas sobre una buena frontera, á que los rusos vinieran á demandarnos la Polonia con las armas en la mano. En este caso la respuesta no ofrecía duda, y no había soldado que no estuviera completamente seguro de darla victoriosa.

Estas ideas eran positivamente muy exactas, y sin embargo, suscitaban fuertes objeciones. Así Napoleón, que lo veía y sabía todo, experimentaba cierta especie de impaciencia al oír los propósitos de hombres sensatos, que tenían razón en gran parte, si bien no haciendo caso de un lado importante de la verdad. Condenado en aquellos países despoblados por la naturaleza y por la guerra á vivir mano á mano con sus lugartenientes, y mostrando más condescendencia que de costumbre á causa de la ansiedad de que los veía poseídos, contes-

violenta, habla, no obstante, un pensamiento general existente en todas las cabezas, aun prescindiendo del plan del general Pfuhl, pensamiento reducido á creer que cuanto más se retrogradaba hacia el centro del imperio, mas se debilitaban los franceses, y más fuertes se hacían relativamente los rusos; que no había porque les apesara mucho un movimiento retrógrado indefinidamente continuado, y que se perdía más en apariencia que en realidad. Sin duda luchaban el odio y el orgullo contra esta idea, y la conducta de los generales rusos fué un perpetuo conflicto entre el cálculo que aconsejaba la retirada, y la pasión que empujaba al combate. Otra idea menos generalmente divulgada y á la cual estaba muy adherido Alejandro, y que sólo él podía poner en planta, como que daba exclusivamente las órdenes á los ejércitos distantes de Finlandia, de Volhynia y de Moldavia, era la de operar sobre los flancos del ejército francés, luego que se empeñase completamente en lo interior de Rusia. Tan justa era esta idea como la de retrogradar hasta el entero agotamiento del ejército francés, y aplicadas una y otra oportunamente, debían tener por desgracia muy fatales consecuencias para nosotros. Estas dos ideas, inspiradas á todos por la misma naturaleza de las cosas, formaron el plan de los rusos, y pertenecieron á la mente de todos más bien que á la de uno solo, lo cual corrobora el juiciosísimo aserto del general Clausewitz al decir que la campaña de 1812 se hizo casi por sí sola. Sistematizándolas el general Pfuhl de sobra, las echó á perder quizá con exageraciones, pero tales ideas no existían menos en su mente que en la de otros, y Alejandro, al recomendarle más tarde, acreditó una justicia generosa y delicada. En cuanto al pensamiento de retirarse, concediendo mucho el general Boutourlin á la necesidad dice la verdad, si bien la exagera, quitando al cálculo su parte positiva. Obligados estaban á retirarse, pero se retiraban con el convencimiento de que el perjuicio efectivo era mayor para el ejército francés que para el ruso. Si insistimos en esclarecer este punto de hecho, es porque cumple á la historia fijar el origen de las resoluciones que cambian la faz del mundo. ¿De qué serviría la historia, si descuidara esto? (N. del A.)

taba á sus opiniones, cuya exactitud no desconocía, con las graves reflexiones siguientes.

Ante todo, decía, estos cantones no eran tan fáciles de establecer como se pensaba. El Dwina y el Dnieper, que á la sazón semejaban fronteras, no lo serían ya al cabo de tres meses. Convertíanlos en llanuras la escarcha y la nieve, y apenas una ligera cavidad marcaría á lo sumo el curso de los ríos; ¿de qué servirían entonces algunos puntos como Dunaburgo, Polotsk, Vitebsk, Esmolensko, Orscha y Mohilew, distantes treinta ó cuarenta leguas unos de otros, y ligeramente fortificados? ¿Cómo defender contra tropas á las cuales no paralizaría el invierno ni con mucho, contra la facilidad del uso de los trineos, semejante línea de cantones? ¿Y cómo retener á los franceses, tan ejecutivos por naturaleza y más ejecutivos aún por la costumbre de las últimas guerras, y hacerles tener paciencia bajo el más triste clima del mundo durante nueve meses enteros, desde agosto del presente año hasta junio del año siguiente, sin contar siquiera con la seguridad de alimentarlos bien durante este largo espacio de tiempo? ¿Interrumpir en agosto una campaña empezada en junio!.. ¿Cómo explicar timidez semejante y hacérsela comprender á la Europa? Y ésta, acostumbrada á nuestras vibraciones de rayo, viéndonos vacilar, titubear, detenernos después de algunos encuentros brillantes, pero sin resultado, ¿no iba á mirarnos con ojos menos humildes, á dudar de nosotros, y quizá á agitarse á nuestra espalda? Y España, en la cual se empezaban á realizar sucesos fatales de que se daría cuenta muy pronto, ¿no iba á crearnos embarazos que, poco inquietantes cuando el grande ejército se hallaba situado entre el Rhin y el Elba, figurarían como graves cuando estuviera confinado con su jefe entre el Niemen y el Boristenes y por un tiempo indefinido? ¿Se habían medido todas estas dificultades y otras muchas en que se debía pensar cuando tan expeditamente se aconsejaba el hacer alto?

Tales eran las objeciones que Napoleón dirigía á los que consideraban el establecimiento junto al Dwina y el Dnieper como resultado suficiente de la campaña, y había aún otras muchas objeciones sobre las cuales guardaba silencio, aunque las supiera muy á fondo, pues si era más propenso que otro alguno por carácter, por costumbre, por ambición á lanzarse á dificultades intrincadas, también aventajaba á todos en la perspicacia de descubrir todas aquellas dificultades, ya lanzado á ellas, y si las negaba, no era por ignorancia, sino por repugnancia á confesar sus yerros, por cálculo, y también por aquella necesidad de ilusiones que induce á uno á negarse á sí propio cosas que se conocen por verdaderas, como si negándolas se disminuyera su realidad. Por ejemplo, sin convenir en ello, sabía que empezaban á enajenársele los ánimos hasta en Francia, que estaban profundamente exasperados en Europa, que en el ejército, su verdadera clientela, el cansancio había ya producido el resfriamiento, la crítica, la desconfianza, y que en esta situación no se podía sostener más que á fuerza de golpes deslumbradores.

Por lo demás no desconocía el mérito de la idea de no traspasar los límites de Polonia, que se esparcía en torno suyo; aún estaba pronto á adherirse á ella y á fijarla como principio de su conducta, si bien después de ejecutar ciertas operaciones que aún meditaba, des-

pués de obtener algún triunfo señalado, porque, tras de este nuevo reposo de una quincena, no desesperaba de descargar algún gran golpe que mantuviera entero todo el prestigio de sus armas, y le permitiera sostenerse en las fronteras de Moscovia, sin que dudasen de él ni el mundo ni la Francia, punto para no olvidado nunca. A mayor abundamiento las divergencias sobre esto no tenían aún gravedad alguna, pues aunque surgiesen aquí y allá tales ó cuales dudas, la confianza en él era entera entre sus soldados y sus generales, y si la fatiga inspiraba á veces momentos de tristeza, á nadie sugería la idea de un desastre.

Alimentando Napoleón el proyecto de nuevas y decisivas operaciones, dirigía en este sentido los movimientos de los cuerpos de ejército que actualmente no tomaban parte en el descanso de Vitebsk. Se ha visto que junto al Dwina había ordenado al mariscal Oudinot que marchara con la espada desenvainada sobre el conde de Wittgenstein, y que le empujara hacia Sebej, en el camino de San Petersburgo por Pskow, á fin de desembarazar la izquierda del grande ejército; que había ordenado al mariscal Macdonald que apoyara el movimiento del mariscal Oudinot y se trasladara hacia el bajo Dwina, á fin de hacer que cayera Dunaburgo, y de preparar el sitio de Riga, lo cual debía asegurar no sólo la ocupación pacífica de la Curlandia, sino también probablemente la posesión de los dos puntos fuertes de apoyo de Dunaburgo y de Riga. Se ha visto finalmente que hacia el Dnieper había ordenado que se enviaran el general Reynier con los sajones y el príncipe de Schwartzenberg con los austriacos, y se trasladaran el príncipe de Schwartzenberg á Minsk y el general Reynier á Brezesc ó Kobrin, teniendo encargo este último de cubrir el gran ducado y de insurreccionar la Volhynia. A la sazón estas órdenes eran ejecutadas ó se hallaban en curso de ejecución, á medida de las circunstancias y del talento de los que tenían el encargo de ejecutarlas.

El mariscal Oudinot, cuyo cuerpo estaba reducido de treinta y ocho mil hombres á veintiocho mil á lo sumo (1), había desfilado sucesivamente por delante de Dunaburgo, Drisa, Polotsk, y pasado finalmente el Dwina por este punto. Ante todo, por orden de Napoleón, había dejado la tercera de sus divisiones, compuesta de suizos, ilirios y holandeses, bajo el mando del general Merle, en el campo de Drisa, para destruir sus obras tan célebres como infructuosas. Pero brazos agotados y faltos de útiles, por haber quedado atrás el material de ingenieros, no pudieron adelantar mucho esta demolición importante; y hallándose el mariscal imponderablemente débil ante el cuerpo de Wittgenstein, que con los refuerzos del príncipe Reprnín se había elevado á treinta mil hombres, atrajo á sí nuevamente á la división de Merle. Para cumplir la orden de remontarse hasta Sebej en el camino de San Petersburgo, empujó el 28 de julio una mitad de su caballería ligera hacia el riachuelo Drisa, uno de los afluentes del Dwina, y escalonó entre el Drisa y Polotsk sus divisiones primera y

(1) Menester es notar que, si más arriba le hemos presentado como reducido á unos veintitres mil hombres, se debe entender después de los combates, cuya relación va á seguirse; pero en la época de que se trata contaba aún veintiocho mil hombres.

segunda con los coraceros. Para guardarse contra los rusos de Vittgenstein, establecidos más allá del Drisa en una dirección casi perpendicular á su flanco izquierdo, apostó el resto de su división ligera y la división extranjera del general Merle en Lazowka. Un paso adelante dió el 29, vadeando el Drisa por Sivotschina, llevando su vanguardia cerca de Kliastitsoui, alineando sus dos principales divisiones algo á retaguardia, y dejando la división de Merle en custodia del vado. Enlazábanle con Polotsk algunos destacamentos de caballería ligera.

Tal era la situación el 29 de julio, segundo día de la entrada del ejército en Vitebsk. Este día los fuertes ataques de caballería á la cabeza y á la cola de su columna no le dejaron duda alguna de los proyectos ofensivos de los rusos. Dos oficiales á quienes se hizo prisioneros, le enteraron además de que, marchando el conde de Vittgenstein hacia él diagonalmente, vendría á tropezar con su cabeza en Kliastitsoui. Creyó que debía anticiparse y avanzó hasta la aldea y el castillo de Jakoubowo á la entrada de una pequeña llanura rodeada de bosques. Con efecto el conde de Vittgenstein desembocó en esta llanura el 29 por la mañana, y atacó vivamente la aldea y el castillo de Jakoubowo. Confiando el mariscal Oudinot la defensa de este puesto á la primera brigada de la división de Legrand, situó el 26 de ligeros en el mismo Jakoubowo, y el 56 de línea algo más á la izquierda, enlazándose con los bosques. En reserva guardó la segunda brigada mandada por el general Maisón. Encarnizadísimo fué el combate por una parte y otra. El 26 de ligeros disputó bravamente al enemigo la aldea de Jakoubowo, y el 56 de línea trató de arrebatarle el linde de los bosques. Un momento penetraron los rusos en la aldea de Jakoubowo y hasta en el patio del castillo. Cayendo inmediatamente sobre ellos dos compañías del 26 á la bayoneta, los rechazaron, les mataron doscientos ó trescientos hombres, y les cogieron prisioneros casi otros tantos. Por todas partes se le repelió de la llanura á los bosques. Pero en el linde de ellos tenían una artillería numerosa y bien servida, que no nos permitía permanecer desplegados, á menos de tomar la ofensiva y de aventurarnos en los bosques para apoderarnos de ellos, ataque difícil á que el mariscal no quería arriesgarse, estando incierto de lo que pasaba á su espalda. Temía efectivamente y con razón que mientras defendía su cabeza, se le cogiera de revés y se le cortara de Polotsk, donde tenía sus parques y su material. Por tanto creyó más prudente retroceder sobre el Drisa, vadearlo por Sivotschina, y aguardar en esta posición al enemigo. Cercano á Polotsk, que bastaban á cubrir la división de Merle y la caballería ligera, podía juntar detrás del Drisa las dos divisiones francesas de Legrand y Verdier con los coraceros, y si los rusos intentaban pasar el Drisa ante sus ojos, precipitándose sobre ellos, poseía todos los recursos para hacerles sufrir una sangrienta derrota.

Todo el día 31 empleó en operar este movimiento retrógrado, y por la tarde hallóse más acá del vado de Livotschina, teniendo sus tiradores á lo largo del Drisa, á las dos divisiones de Legrand y Verdier á alguna distancia á la espalda, á los coraceros prontos á sostener la infantería y á la división de Merle en observación hacia Polotsk. Si los rusos pasaban el Drisa, nuestros

tiradores tenían orden de no resistirles sino lo que bastara para atraerlos, y avisar al instante al cuartel general de su aproximación.

En la noche del 31 de julio al 1.º de agosto marcharon los rusos sobre el Drisa, y en la mañana del 1.º de agosto cometieron la imprudencia de atravesarlo. Esto era lo que el mariscal Oudinot esperaba. Tan pronto como los vió empeñados más allá del río, lanzó desde luego en su contra á la primera división de Legrand y después á la segunda. Correr sobre los rusos, empujarlos y repelerlos sobre el Drisa fué cosa de un instante. Se les hirieron y se les mataron cerca de dos mil hombres, se les cogieron más de dos mil prisioneros y parte de su artillería. Habiéndose puesto la división de Verdier á perseguirlos, cruzó detrás de ellos el Drisa, y arrebatada por su ardor dejóse arrastrar demasiado lejos. Aún les quitó muchos hombres, pero desgraciadamente se dejó coger algunos, cuando tuvo que reparar el Drisa. Esta débil compensación otorgada por la fortuna á los rusos, no impidió que esta jornada fuera para ellos una sangrienta derrota: cuatro ó cinco mil hombres perdieron entre muertos, heridos y prisioneros: de dos á tres mil habían perdido los días anteriores. Por nuestra parte en esta serie de combates perdimos de tres á cuatro mil hombres, entre los cuales se contaron quinientos ó seiscientos muertos, dos mil heridos y muchos centenares de prisioneros. Además la fatiga nos puso fuera de servicio algunos hombres. Seguro el mariscal Oudinot de haber desahogado por algún tiempo á los rusos á atacarnos, no considerándose bastante fuerte para alejarse del Dwina con veinticuatro mil soldados muy cansados, juzgó más conveniente volver á Polotsk, donde tenía sus parques, sus víveres, y donde podía dejar pasar en seguridad y con cierta especie de bienestar los calores, que habían obligado al mismo Napoleón á detenerse en Vitebsk. La ventaja de estar cinco ó seis leguas delante de Polotsk, siempre inquieto por los flancos y por la espalda, y obligado á consumir sus caballos en llevar al campamento los víveres que tenía en aquel punto, no valía las penalidades que debía causar esta posición ofensiva. Para abandonarla no había más que un solo inconveniente, y era el de perder el efecto moral de los triunfos obtenidos. El mariscal Oudinot informó á Napoleón de lo que había ejecutado durante estos últimos días, y declaró que si no se le concedían descanso y socorros, se hallaría en la imposibilidad de dar cima á la tarea que se le había impuesto.

Mientras el mariscal Oudinot obraba de este modo, con la división polaca de Grandjeán y con los diez y siete mil prusianos que le estaban confiados, trasladóse el mariscal Macdonald sobre el Dwina, y conquistó, merced á una marcha rápida, la Curlandia. Al retirarse los rusos, cogidos de flanco por los prusianos, sufrieron en las inmediaciones de Mitau un revés harto grave y se replegaron precipitadamente sobre Riga, entregándonos Mitau y toda la Curlandia. Hecho digno de nota era el vigor con que por nosotros se batían aliados que nos detestaban y que no hacían la guerra sino muy á pesar suyo. El honor militar, tan vivamente excitado en ellos por nuestra presencia, les hacía casi más bravos á nuestro favor que lo habían sido en nuestra contra. Conviene añadir que al par que los aliados pertenecientes

á pequeños ejércitos, como los bávaros, los wurtembergueses, los westfalianos, desertaban individualmente cuando les era posible, los prusianos y los austriacos, retenidos por el poder del espíritu militar, siempre proporcionado á la grandeza de los ejércitos, no desertaban, salvo el abandonarnos en masa por efecto de una revolución en las alianzas cuando fuera llegada la hora.

Con los prusianos emprendió el mariscal Macdonald el bloqueo de Riga, y á la cabeza de la división polaca de Grandjeán aproximóse á Dunaburgo, prudentemente á pesar de todo, pues pasaba por plaza muy fortificada. Pero, no queriendo los rusos desparramar demasiado sus fuerzas, y contentándose con defender la importante plaza marítima de Riga, después de entregar á las tropas del mariscal Oudinot la cabeza de puente de Dunaburgo, muy en breve entregaron á los polacos del general Grandjeán la ciudad misma. Por consiguiente la tarea del mariscal Oudinot se hallaba muy simplificada, puesto que de las dos plazas de Riga y Dunaburgo ya no tenía que tomar más que la primera. Pero sólo esta tarea bastaba para denerle largo tiempo y quizá toda la campaña. Con efecto, se había visto obligado á dejar en los alrededores de Tilsit y de Memel para velar por la navegación del Niemen y del Kurische Haff, y en los alrededores de Mitau para guardar la Curlandia, cinco mil hombres del cuerpo prusiano. A lo sumo conservaba diez mil hombres delante de Riga, cuyas obras presentaban un gran desarrollo y que tenía una guarnición de quince mil hombres. Se quedaba la división polaca de Grandjeán reducida de doce mil á ocho mil soldados, y con esta división veíase obligado á vigilar el espacio de Riga á Polotsk, que es de cerca de setenta leguas. ¿Qué hacer con tan poca gente, sobre una línea tan vasta con tantos objetos á que atender é impuestos á su celo?

Apresuróse á enterar al cuartel general de su situación en términos muy juiciosos y aun algo irónicos, mal adecuados para agradar, y que recordaban la antigua oposición militar del ejército del Rin. Declaró que sin una agregación de fuerzas considerables no lograría apoderarse de Riga, ni mantenerse en relación constante con el cuerpo de Oudinot, porque estando segregada del bloqueo de Riga la división de Grandjeán, para permanecer en observación delante de Dunaburgo, no podría ni aun aproximarse á las obras de Riga; y teniendo que cubrir esta división un espacio de setenta leguas, se hallaría en la imposibilidad de mantener la libertad de las comunicaciones en semejante extensión de territorio. En tal situación lo más sencillo de proponer era la reunión del cuerpo del mariscal Macdonald y del mariscal Oudinot, porque de este modo Vittgenstein fuera infaliblemente batido, y batido y rechazado lejos, estaba cubierta la Curlandia y el Niemen al abrigo de todo insulto, y aunque es verdad que ni así fuera sitiada Riga, y menos tomada, siempre adquiriríamos gran seguridad en el ala izquierda de nuestra línea de operaciones. En vez de proponer la reunión de estos dos cuerpos, que era posible y aun necesaria, si bien hubiera exigido un desinterés poco común por su parte pues hubiera estado subordinado al mariscal Oudinot, solicitó el mariscal Macdonald un aumento de fuerzas, que no tenía probabilidad alguna de obtener. Especialmente pidió que se le agregaran una ó dos

divisiones del mariscal Víctor que se formaban entre Dantzick y Tilsit, como se ha visto. Este era un modo seguro de no alcanzar nada.

Al otro extremo del vasto teatro de esta guerra, ciento cincuenta leguas al Sudeste, es decir, hacia el curso superior del Bug, acababan de ocurrir ciertos accidentes, que no podían menos de traer consigo algunos cambios en los proyectos de Napoleón. Con los sajones tuvo que retroceder el general Reynier de Newij á Slonim, de Slonim á Proujani para cubrir el gran ducado é invadir más tarde á Volhynia. Con el ejército austriaco tuvo que marchar el príncipe de Schwartzenberg en sentido contrario, elevarse de Proujani á Slonim y Neswij, para incorporarse al cuartel general, disposición conforme á los deseos del emperador de Austria, que quería que su ejército no recibiese órdenes más que de Napoleón en persona, y á la desconfianza de Napoleón, que no pensaba entregar la defensa de su retaguardia á un ejército austriaco. En este movimiento cruzado con el príncipe de Schwartzenberg, vió el general Reynier, y ambos convinieron en reemplazar los puestos austriacos por puestos sajones en la línea del Bug y Mouckawetz, que nos separaba de los rusos. Tomadas estas precauciones, continuó el general Reynier su movimiento, y envió destacamentos para reemplazar en Pinsk, en Kobrin, en Brezesc á los austriacos.

A la sazón, y cuando Napoleón entraba en Vitebsk, el general Tormazoff se ponía al fin en marcha conforme á la orden recibida de amenazar el flanco derecho de los franceses, tarea que el príncipe Bagratión no podía ya tener á cargo desde que hubo de incorporarse al grande ejército ruso. Mientras el almirante Tchitchakoff, empeñado en vastos proyectos del lado de Turquía, pudiera ejecutarlos ó recaer sobre Polonia, el general Tormazoff, á la cabeza de cuarenta mil hombres, era el único encargado de una diversión sobre nuestras alas, y marchaba atrevidamente hacia el alto Bug. Había distribuído como unos doce mil hombres de Bobruisk á Mozir, de Mozir á Kiew, para mantenerse en comunicación con el príncipe Bagratión por un lado, con el almirante Tchitchakoff por otro. Era una precaución contra las tentativas que pudieran hacer á su espalda los austriacos reunidos en Galitzia. Aunque la corte de Viena hubiera mandado dar en San Petersburgo la seguridad de que sus esfuerzos en favor de los franceses se limitarían al envío de treinta mil hombres del príncipe de Schwartzenberg, con todo el general Tormazoff no quiso ir adelante sin tomar todas las precauciones contra las eventualidades de la política austriaca, y después de dejar á su espalda las fuerzas que acaban de mencionarse, avanzó hacia el alto Bug con cerca de veintiocho mil hombres, amenazando el gran ducado, que el general Reynier debía defender con doce ó trece mil sajones. Aunque bien poco temibles entonces para tropas regulares, los cosacos estaban en posición de esparcir el espanto en todas las comarcas donde se les anunciaba, y efectivamente con la improvisa rapidez de sus apariciones, unida á su barbarie, había para espantar á los pueblos inermes. Precediendo al general Tormazoff sobre el Bug en quince ó veinte leguas habían excitado en toda la Polonia un terror singular y que contrastaba mucho con las grandes resoluciones de que hacían alarde los polacos. Este terror

vino a ser mucho más vivo y más motivado cuando el general Tormazoff en persona, con veintiocho mil hombres de tropas regulares, se aproximó a Kobrín, uno de los puestos que los austriacos acababan de ceder a los sajones. Instruido el general Tormazoff por los judíos, que hacían traición dondequiera a la causa de Polonia, de la presencia de un destacamento sajón en Kobrín, resolvió señalar su aproximación con un golpe de ruido sobre este destacamento, que por desgracia carecía de apoyo. Marchó sobre Kobrín, que ocupaba el general sajón Kléngel con su escasa tropa. Este oficial bizarro, si bien imprudente, en vez de replegarse, se obstinó en mantener una ciudad abierta del todo, y donde era imposible defenderse. Fué asaltado, envuelto y obligado, después de batirse con rara bravura, a rendir su espada al general enemigo. Este encuentro, que tuvo lugar el 27 de julio, costó a los sajones dos mil hombres próximamente entre muertos, heridos y prisioneros.

Semejante accidente, que tenía su importancia en el estado de debilidad á que el cuerpo sajón se hallaba reducido, era aún por el efecto moral más funesto. Sobre todo en Varsovia produjo una impresión de las más tristes. Aquellos infortunados polacos, que se habían lanzado al proyecto de insurrección general con ardimiento, al saber que se hallaban tan cerca de ellos los rusos, vieron los destierros, los secuestros suspendidos sobre sus cabezas, y gran número de ellos dieron el peligroso ejemplo de reunir lo más precioso que tenían y de trasladarse á la orilla izquierda del Vístula. Aun cuando hubiesen deseado con toda su alma la loca guerra que Napoleón hacía en este momento, temían sus consecuencias ahora que estaba comenzada. A este gran capitán le dirigían un cargo por empeñarse imprudentemente más allá del Dwina y el Dnieper, por dejarles sin apoyo, como si pudiera hacer otra cosa que avanzar mucho para obtener sobre los rusos un triunfo decisivo, como si ellos no debieran responderle de la seguridad á sus espaldas, en vez de dejarle el trabajo de cubrirlos. A la sazón se quejaban del frío discurso de Wilna, atribuían á la tibieza de este discurso la tibieza de los polacos, olvidando que les tocaba provocar con su ardimiento el ardimiento de Napoleón, y vencer sus vacilaciones con resoluciones enérgicas y hasta temerarias. Por desgracia, según hemos dicho, sólo el ejército era adicto sin tasa en Polonia; la nación miraba, juzgaba, criticaba la temeridad de la marcha de Napoleón, como si esta temeridad fuera mayor que la que se exigía de él al querer que reconstituyera la Polonia.

Diéronse pues en Varsovia á suscitar las más vivas quejas y á pedir urgentemente á Mr. de Pradt socorros de que el prelado embajador no disponía. Éste, después de haber perdido la cabeza en medio de los disturbios del concilio, no era ya capaz de resistir á las emociones de una capital espantada, y había acreditado menos carácter aún que ciertos habitantes de Varsovia. Usó de su único recurso. Escribió á Mr. de Basano por una parte, al general Reynier por otra, para reclamar envíos de tropas. El general Reynier, que tenía á su cargo otra tarea que la de proteger á Varsovia, pues con once mil sajones necesitaba hacer frente á treinta mil rusos, respondió al embajador que á los habitantes de Varsovia tocaba el defenderse á sí propios, y que él tenía otra

cosa que hacer que ocuparse en su seguridad. Por una carta muy apremiante comprometió al príncipe de Schwartzberg á retrogradar inmediatamente para que le ayudara á repeler al enemigo, salvo el volver á emprender su marcha hacia el cuartel general cuando se hubiera detenido á los rusos, y ocupado detrás de los pantanos una fuerte posición que no les permitiera ya seguir adelante (1). Advertido prontamente el príncipe de Schwartzberg de aquel choque, pues su ruido había resonado en toda Polonia, respondió al general Reynier que conocía el peligro de la situación, y que iba, á pesar de las órdenes del cuartel general, á retrogradar para correr en su socorro. En cuanto á Mr. de Basano, contestó con bastante ironía á los terrores de Mr. de Pradt, y no pudiendo determinar nada sobre las demandas de auxilios, dirigiólas al cuartel general todas.

Napoleón acogió mal estas noticias, sobre todo con relación á los que habían cedido á la intimación tan fácilmente. Aprobó por completo la determinación tomada por el príncipe de Schwartzberg de retroceder sobre Proujani para socorrer al general Reynier, y puso á este último bajo las órdenes del jefe austriaco. Al príncipe de Schwartzberg intimó que marchara resueltamente con los cuarenta mil hombres que iba á tener sobre Tormazoff, quien no podía juntar arriba de treinta mil soldados, y que le acosara á todo trance hasta que le repeliera á la Volhynia. Prometiéndole que, luego que diera cima á esta tarea, le llamaría al cuartel general, conforme á los deseos del emperador de Austria, y escribió á éste para pedirle que enviara un refuerzo al cuerpo austriaco. Aunque ignorara las secretas relaciones que subsistían entre la corte de Austria y la de Rusia, harto á las claras veía Napoleón que no conseguiría más que los treinta mil hombres del príncipe de Schwartzberg, pero al menos hubiera querido que éstos se mantuvieran siempre completos, y sin prontos refuerzos no podían estarlo, pues no les trabajaban las fatigas menos que á nosotros. También hubiera querido que un cuerpo del ejército austriaco, que se hallaba á la sazón en Galitzia, y de quien se le había hecho esperar la concurrencia, fuese autorizado para tomar una actitud amenazadora hacia la parte de Volhynia, lo cual obligara al general Tormazoff á mostrarse menos temerario, mas pidiéndole sin contar mucho con ella, é insistió particularmente sobre el envío al príncipe de Schwartzberg de un refuerzo de siete á ocho mil hombres.

Estas providencias bastaban para mantener á distancia el cuerpo de Tormazoff y para reducirle á una completa impotencia, á menos que el almirante Tchitchakoff llegase á duplicar sus fuerzas. Con efecto, bastaba con cuarenta mil austriacos y sajones para hacer que retrocediera á Volhynia el general ruso; pero se necesitaba mantenerse en comunicación con estos cuarenta mil hombres, que iban á hallarse lo menos á cien leguas de Orscha, punto en que se apoyaba la derecha del grande ejército. Napoleón consintió en privarse de una de las tres divisiones del príncipe Poniatowski, la cual debió quedar acantonada entre Minsk y Mohilew,

(1) Hablo aquí á tenor de las correspondencias de los oficiales que se quedaron á la espalda, á tenor de la de Mr. de Basano, de la de las administraciones, y de la de la embajada de Varsovia. (N. del A.)

para garantizarnos contra las sorpresas de los cosacos, y enlazarse por medio de puestos de caballería con la izquierda del cuerpo austriaco.

Así estaba asegurada nuestra derecha á lo menos por entonces. En cuanto á nuestra izquierda, Napoleón tomó disposiciones menos eficaces, aunque á la sazón pudieran parecer suficientes. Criticó mucho el movimiento retrógrado del mariscal Oudinot sobre Polotsk, no tomando bastante en cuenta el estado de las tropas y preocupado exclusivamente del efecto moral de este movimiento, ora sobre los rusos, ora sobre Europa, que recogía ávidamente los menores detalles de esta guerra. Según los ingeniosísimos cálculos que había hecho en vista de los documentos cogidos á los rusos, dedicóse á probar al mariscal Oudinot que el conde de Wittgenstein no debía tener más de treinta mil soldados, de más mala calidad; que de consiguiente no podía dar que temer á veinte mil franceses aguerridos, y le ordenó que marchara atrevidamente sobre el enemigo, y le rechazara á distancia sobre el camino de San Petersburgo. A fin de dejar al mariscal sin objeción que oponer al mandato, le envió el cuerpo bávaro, bueno un día de acción, como todos nuestros aliados, si bien luego mermaba á vista de ojo por la fatiga, las enfermedades y las deserciones. Seguía Napoleón suponiendo que este cuerpo ascendía á quince ó diez y seis mil hombres, aunque ya tenía trece mil tan sólo, y calculando en veinticuatro mil el cuerpo del mariscal Oudinot, supuso que con cuarenta mil hombres se debía agobiar á Wittgenstein. Hallaba una ventaja más en situar á los bávaros en Polotsk, y era la de restituirles la salud y una parte de su efectivo con el reposo y el buen alimento. De todas las tropas bávaras no guardó más que la caballería ligera, que continuó sirviendo al lado del príncipe Eugenio, y que era excelente. Con este refuerzo no dudaba que pronto se vería desembarazado de Wittgenstein sobre su izquierda, como esperaba estarlo muy luego de Tormazoff sobre su derecha, con la reunión del príncipe de Schwartzberg al general Reynier. Por lo demás, en su mente las operaciones que iba á ejecutar con el ejército principal debían en breve colocar entre el número de los sucesos insignificantes de esta guerra los que tuvieran lugar sobre sus alas. Lisonjeándose Napoleón de que el mariscal Oudinot repelería á Wittgenstein sobre el Sebej y Pskow, concluía que el mariscal Macdonald podría inmediatamente después reconcentrar todo su cuerpo sobre Riga y comenzar el sitio de esta plaza. Así rehusó concederle una de las divisiones del duque de Bellune, cuyo cuerpo no quería dislocar de ningún modo, mas indicóselo como un socorro eventual que, si lo requería la necesidad, podría llamar en su ayuda, y que le prestaría, situado en espera á su espalda, un apoyo moral muy grande. A estas razones que no valían lo que unos regimientos más, añadió Napoleón un número más que ordinario de cruces de honor para los prusianos, que habían combatido valerosamente contra los rusos.

Mientras se ocupaba en asegurar así sus alas durante los movimientos ofensivos á que se prevenía, no cesó Napoleón de velar por su retaguardia, fiada al mariscal Víctor y al mariscal Augereau, al primero hacia Koenigsberg y al segundo hacia Berlín. Con su activa correspondencia había trabajado por proporcionar al ma-

riscal Víctor veinticinco mil hombres de infantería, tres ó cuatro mil de á caballo y sesenta bocas de fuego. Mucho había recomendado á este mariscal, muy solícito comunmente, la disciplina de las tropas, y proyectaba llamarle pronto á Wilna, para que, si se presentaba la coyuntura, pudiese prestar auxilio ora al mariscal Macdonald, ora al mariscal Oudinot, ora al príncipe de Schwartzberg. Igualmente se había ocupado en acelerar la organización de los cuartos batallones y de los regimientos de refractarios destinados al mariscal Augereau, las cohortes de guardias nacionales, encargadas de reemplazar á las tropas atraídas á Berlín en las fronteras del imperio, y finalmente de los regimientos de lituanos, que debían ascender, según se esperaba, á doce mil hombres, y para los cuales se carecía absolutamente de dinero. Napoleón no había pues perdido en Vitebsk el tiempo, y además no era tal su costumbre.

Diez días llevaba allí de permanencia, y sobre conceder á sus soldados un necesario reposo, que les hizo pasar bajo cabañas de follaje el tiempo de los más ardorosos calores, obtuvo la ventaja de allegar, sino todas las partes de la artillería rezagada, al menos algunas, y especialmente de atraer cien bocas de fuego de la guardia con dobles municiones, de reunir seiscientos carros del tren en Vitebsk, de seiscientos á setecientos entre este punto y Kowno, sumando así mil trescientos, y pudiendo acarrear provisiones para doscientos mil hombres durante diez ó doce días, y finalmente de dar tiempo al príncipe Eugenio por correrías más allá del Dwina, á Ney por correrías entre el Dwina y el Dnieper, á Davout por activas exploraciones más allá de este río, de juntar viveres para seis ó siete días, sin contar el alimento cotidiano. Napoleón los había reunido en Vitebsk para cerca de diez días, y los destinaba á la guardia. Además el mariscal Davout había preparado almacenes, hornos y puentes en Orscha, donde se estableció al principio, en Doubrowna, adonde se trasladó seguidamente, en Rassana, donde acantonó su caballería. Por orden de Napoleón echó en este último punto sobre el Dnieper hasta cuatro puentes de balsas. Tanto la abundancia de maderas como el lento movimiento de los ríos hacían fácil y de buen uso esta clase de puentes en aquellas comarcas, y á menudo se recurrió á ellos.

Prevenido se hallaba así todo para un nuevo movimiento, y se abrigaba la esperanza de que esta vez fuera decisivo. Después de meditar profundamente sobre las operaciones que á la sazón podían ser practicadas, adoptó Napoleón la única que le parecía realizable, y cuya concepción era digna de su genio. Ante un enemigo, que se esmeraba en escaparse de continuo, propendió ante todo á cortar en dos su línea, después á rebasar, á girar en torno, á envolver cada una de las dos partes de la línea citada, de modo de destruir la una y la otra antes de que tuvieran tiempo de darse á la fuga. Desde la reunión del príncipe Bagration con el general Barclay de Tolly, reunión que elevaba el ejército ruso, descontadas las pérdidas del fuego y de la fatiga, á unos ciento cuarenta mil hombres, ya era imposible esta maniobra. Mas no lo era, renunciando al proyecto de dividir en dos esta hueste, procurar todavía rebasarla, girar en torno de ella, cogerla de revés, lo cual la colo-